

## EL NEVADO DE "EL COCUY"

### NATURALEZA ARTICA, MONTAÑAS, HIELOS. NUESTRO DULCE Y MISTERIOSO HOMBRE DE LAS NIEVES

Por: **MILTON PUENTES**

*Ingeniero Civil*

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia*

*Número 112, Volumen 31  
1978*

**Y**erto y con la palidez de la muerte, este nevado Colombiano se tiende inmóvil y amortajado entre las alburas de su sudario, encima de las gibas más altas y agrías de la cordillera oriental de Boyacá.

Son 50 kilómetros de gélido armiño, extendido de sur a norte, sobre los más altaneros y proceros pináculos del Ande.

El turista nacional o extranjero lo puede buscar por la carretera central del norte, a 450 kilómetros de Bogotá. Al llegar a la población de El Cocuy, en cuyas vecindades la violencia incineró en 1949 más de 6.000 casas campesinas, se inicia el ascenso, en automóvil primero y luego a caballo. Esta jornada es en total, de El Cocuy a las nieves eternas, de unas 6 horas de continuo encumbramiento.

Los 450 kilómetros de Bogotá a El Cocuy, atraviesan tierras y ciudades de encantadora placidez, de climas diferentes, de costumbres típicas distintas. Son 12 horas de viaje amenísimo y por una hermosa autopista pavimentada.

Este imponente y fascinante nevado es un viejo y entumecido gigante de guedejas de plata, dulce y tempestuoso, afable severo, terso y abrupto, relumbrante y sombrío, atrayente e inhospitalario, manso y fiero y con la impasibilidad de la quieta e inmutable eternidad.

De las diferentes y grandiosas sierras nevadas de Colombia, este nevado de El Cocuy, está nimbado por el dédalo electrificante de lo desconocido, de lo inalcanzable, de lo ignoto, de lo téticamente salvaje.

Quien se atreve a hallarlo, a mancillarlo, se siente indefenso en esas vastas soledades, donde el silencio pregona amenazas y muestra las garras invisibles de sus desconocidas acechanzas.

Da el nevado la impresión esotérica de ser una inmensa tumba de diamante, donde reposaran desconocidos dioses, que no quisieran que nadie turbara su sueño milenario.

Es lo sublimemente terrorífico, frente a lo cual el hombre eleva la plegaria de su admiración, religiosamente conmovida.

Como fantásticos centinelas, hieráticos farallones negros vigilan sañudos en los alrededores de la helada blancura.

Para llegar hasta las impolutas y virginales nieves, hay que reptar por empinados recuestos, por rapados ventisqueros, por vertiginosas estribaciones, por el filo de rampas precipitadas y bordear eriazos roquedales y calvijares que se cuelgan sobre los abismos de voraz profundidad.

El turista, a pie o sobre su cabalgadura, siente la racha del peligro sobre la muda boca de los abismos que lo imantan, que lo atraen con sus bostezos de geológica hambre.

Ya, al llegar a sus inmediaciones, las tornasoladas y multicolores fuentes de "Lagunillas" se han quedado muy abajo, en el último vallecito de los profundos hocinos.

También se han quedado ya lejos los apretados millones de frailejones, de suaves cabelleras avellanadas y envueltos en sus tibias y tersas pieles perfumadas y los que, en abrazo fraternal y estrecho, se defienden del agudo y mordiente frío.

Aquí en lo alto, el helado fuego del hielo ha opilado por completo la vegetación y únicamente han quedado inmensos hacinamientos de basaltos despedazados brutalmente por cataclísmicas avulsiones volcánicas.

Los hielos se han ido retirando a mayores alturas, lo que comprueba en parte la teoría de la eutropía, o muerte calorífica del mundo, preconizada por Clausius y aceptada por Arrhenius.

Por el pétreo corazón de estas rocas y por las cornisas de las torrenteras, las cristalinas aguas de los deshielos van saltando en girones de albas neblinas transparentes.

El paisaje es todo de piedra, triste, áspero, glacial, duro, de color gris y renegrado. Aún no se ha mostrado la magia irisante y fulgurante del nevado.

La belleza, en todas sus manifestaciones, es esquiva, pudiera decirse que es tímida, aun esta belleza inanimada y grandiosa de la creación.

Pero de pronto, como después de haber violado las puertas de un palacio encantado, aparece detrás de estos desnudos peñascales el nevado, en toda su hechicera maravilla de mil colores.

Porque si de largas distancias se había columbrado de purísimo marfil, ya cerca, frente a frente de sus moles, la majestad de su blancura se hace versátil, tornadiza, inestable y cambiante como las alas ondulantes de una rutilante mariposa.

Como la rebrillante escama de un monstruo mítico, va el nevado cambiando sus fúlgidos colores, según la inclinación de la meridiana luz.

Su liso y húmedo diamante se viste con fajas palpitantes de vivo bermellón, de fulgurante topacio, de vacilante jacinto, de tierno glauco, de enfermizo gualdo, de soñadora amatista, de profunda esmeralda, de obrizo oro, de índigo triste, de azulosa perla, de altanero rubí. Es un arco iris caído

sobre las rocas y petrificado en joyantes pedrerías. Son todas las joyas encantadas de Aladino, empedrando de embrujos el armiño impoluto de las nieves.

Así arde la nive: En un incendio de brasas esmaltadas con angelicidad de luceros, con polvo de éter, con tierno barniz de amanecer, y tatuadas con cambiantes geroglíficos de iris.

El turista debe saber que es necesario proteger la cara y en especial la vista. Aquella para que no se "queme" por los efectos del frío y del viento, que producen quemaduras de primer grado, y la vista para que no sufra los efectos de la reverberación y la refracción, intensificadas por las superficies heladas.

Primordial y soberbio rey de las alturas, sus puntas adamantinas y sus más orgullosos dombos tocan casi los plafones del cielo.

Los tajos inaccesibles de sus heleros se perfilan pensativos en la melancolía celeste y contra ellos retumban las tempestades horrisonantes, o gimen los cansados huracanes, o se recuestan blandas y espesas las profundas nubes.

De religiosa y dura belleza, el nevado es una abierta y callada catedral, donde moran las esquivas divinidades del cosmos, que invisibles vagan en la inefable melancolía de los crepúsculos y vigilan en las profundas noches, en las que se escucha, de tarde en tarde y en sus profundos silencios, una bárbara armonía de cristales de hielo despedazados en los abismos.

Hirsuto, crispado y quizá colérico por el dolor de su fría soledad inconmensurable, el nevado es como un bestial escorzo de la tierra, en un afán demente de tocarse con las costelaciones.

Oír sus amenazantes y clamantes silencios, beber sus sugerentes soledades, comulgar con las voces apagadas de sus hondos secretos, es apaciguar con el bálsamo del infinito el atormentado y doliente espíritu del agobiado hombre de nuestros días.

La presencia de la naturaleza grandiosa, sobrecogedora y terrorífica, es un mágico sedante para el superculto hombre del presente, destrozado por sus angustias, enloquecido por el chirrido de las máquinas, enflaquecido por el hambre y atropellado por una ululante velocidad inhumana.

Y así el ser humano quiere volver a ser salvaje, a sentirse sojuzgado por lo ignoto y a buscar su apacible sosiego en esas rudas bellezas de la creación, tales como sus enhiestos y meditantes montañas, sus míticas y adorantes llanuras, sus glabros y majestuosos desiertos, o sus arcanos y gigantescos ríos, que andan mascullando sus infinitas tristezas y sus cuitas quejumbrosas, bajo el húmedo y verde terciopelo de las selvas sin horizontes.

Con primigenia y cosmogónica primordialidad voluptuosa, se levanta este nevado de El Cocuy, de atraktividad subyugante por la terrorífica imponencia de sus desafiantes y hostiles elementos. Cuántas desconocidas maravillas guarda en sus superficies, en sus senos, en sus estratos, en sus recodos, en sus filones en sus gargantas. Conjunto agrio y violento de enhiestos picos sublevados, sin paralelo entre todos los nevados americanos, y de inequívoca ecumenidad por la feroz y salvaje belleza que irradian sus grandes moles de sañuda proceridad amenazante.

Sobre uno de sus pináculos más empenachados se hiergue el "Púlpito del Diablo", formado por una inmensa roca sianita, de aristas rectas y perfectas, labrada por los milenios y tallada por la mano de desconocidos cíclopes. Ese púlpito fue escalado por el andinista Ewin Kraus y tiene el aroma de leyendas de imaginarias fantasías, como la de servir de colosal tribuna al maligno, para que desde

allí, en la Semana Mayor del año, haga resonar su grito conminatorio de pavorosas e ígneas amenazas.

En las llanuras heladas del nevado, brillan lagunas de lechos de nieve, profundas y de parpadeos zafirinos.

Son lagunas de una tan intensa azulinidad cristalina, que más bien parecen inmóviles espejos con el colorido de celestes violetas extasiadas.

En sus oquedades aparecen y desaparecen prodigiosas figurillas de multicolores cristales. En sus grietas o fisuras abismales, braman ocultos y atormentados ríos, como si fueran su sangre alborotada y cansada del frío dolor de sus arterias. De cuando en cuando retumban los atronadores estruendos de los aludes, que se precipitan rugientes. O en sus recodos se oyen las cascadas azules que deslien el cogitativo y monótono rumor de sus tambores asordados. A veces el vuelo enarcado de cóndores de increíble envergadura, le da nobleza épica a los espacios, o el grito flébil de las vigilantes águilas reales alarma los silencios. No es extraño encontrar la estampa principesca y donairosa de aristócratas ciervos blancos, o la figura enigmática de grandes osos de pelajes sombríos, que desprevenidos olfatean estos dominios, que tienen la adusta fisiografía primigenia del primer día de la creación.

En las noches de plenilunio, cuando la luna rueda como una lágrima de la inmensidad por las cerúneas mejillas del cielo, las montañas armiñadas de nieve parecen espectrales esqueletos del universo, inmóviles y ateridos por el frío de geológicas edades.

Magnificante es la naturaleza en todas las manifestaciones de su presencia: en la blancura de sus nevados franjeados de colores y con ojos azules o verdes de sus lagunas; en la solemnidad mediatunda de sus grandes montañas; en la placidez dulce de sus páramos cubiertos con muchedumbres de frailejones entre sus sobretodos de invierno y orlados de flores amarillas como pomas de oro; en sus torrentes cristalinos que cantan entre las rocas, pulsando sus guitarras de cristal; en sus llanuras sin límites, donde los huracanes galopan vertiginosos como potros alados de las tempestades; en las selvas inmensas, bajo cuyos doseles de verdura dialogan filosóficos los gigantes ríos; y en las verdosas aguas de los océanos, llenas de amargura y de delirante desasosiego como el atormentado y dolorido corazón humano.

¿Son los nevados la vejez de la tierra? ¿Representan ellos la edad propecta del mundo? ¿Simbolizan las canas respetables de las montañas? ¿Son los melancólicos abuelos de la creación? ¿Guardan en su corazón el frío tiritante de la ancianidad?

Parece realmente que todo eso lo fueran, por la blancura de su belleza, por la dignidad de su silencio, por la adustez de su seño, por el respeto que inspiran, por el pensar profundo y triste que se observa en sus frentes, surcadas con las duras arrugas de sus cílicas crestas.

¿Si es verdad que existe una vida extraterrestre y que inteligencias superiores, nos buscan desde las lejanas galaxias, los nevados no serán cúpulas de alabastro o hitos de diamante, que como banderas de paz sean referencias estelares en las relaciones de los planetas?

Al atravesar la anchura de unos 10 kilómetros de los armiños de este nevado, y llegar a sus máximas alturas, para buscar luego el descenso del lado opuesto, se encuentran primero una serie de rocas que subvierte todos los principios conocidos de la geología, luego unas manchas inmensas de espesas selvas y más al fondo el amplio paisaje de Casanare, cuyas llanuras interminas se esfuman en la lejanía y se confunden en un beso cósmico, con el azul profundo de las siderales lejanías.

Tal vez de ningún otro sitio de la tierra se pueda abarcar con la mirada un paisaje tan amplio como de estos picos albos, de cerca de 6.000 metros de altitud. Hacia el norte, el sur y el occidente, el Ande encrespa la crestería de sus montañas escarpadas y calvas, lamidas por las grandes lluvias y pulidas por la lengua de los huracanes.

Corre esta cadena de montañas humilladas ante su rey de testa blanca, que es el nevado, y a sus pies doblan la rodilla de pétreas vértebras y lo custodian reverentes.

Cuando las cornetas de los cazadores sueltan por los espacios los arpones metálicos de sus lamentos, esos lamentos se van estrellando de basalto en basalto y en ocasiones el rebote de los ecos se repite hasta 14 o 15 veces. De modo que una sola corneta expande en sus repetidos ecos una múltiple sinfonía de guerra.

Es algo así como una iracunda respuesta de los peñascos amotinados contra la violación de su imperatorio sosiego majestuoso.

Los macizos de rocas se aprietan, levantan sus picos desafiantes, extienden sus planicies y se pierden ondulantes en las lejanías.

Caminos de osos, de pumas y de ciervos andinos, le sirven al hombre para orientarse y transitar por estos frontones colosales del Ande. Hacia el norte, su extensión va hasta sitios donde ningún ser humano ha llegado hasta ahora.

En ese laberinto de calveros, negros, azules, ambarinos, rojos, se tropiezan con maravillas asombrosas de la naturaleza, como la "Cueva de Soata", con espacio confortable para alojar a varios miles de personas y con artesanados naturales de sorprendente perfección.

La "Piedra del Viento" es una maravilla, que causa la admiración y el desconcierto de quienes se aventuran a conocerla. Es una inmensa piedra esférica, de unas 5.000 toneladas, puesta como una bola de billar sobre la boca de una gigantesca botella. Cuando la brisa se torna fuerte, el viento que la toca la hace vacilar y la inclina en un balanceo suave sobre el abismo que la rodea y precisamente sobre la senda de tránsito que pasa por el fondo profundo de donde se desprende su base colosal.

Cerca de este sitio, en una mañana de zafirino cristal, el autor de este librito descansaba solitario, sentado sobre un pedrejón y con la carabina de caza en sus manos. Muy cerca pasó una corpulenta osa de color de ágape y con blanca bufanda de crespo terciopelo. La seguían sus dos hijos que discurrían distraídos y juguetones. La fiera pasó con hosco y gutural gruñido y me miró zahorí, pero sus oseznos se devolvieron para observarme con infantil curiosidad. Entonces la osa, encolerizada, se devolvió hacia ellos, quebró una rama y los azotó correccionalmente, apartándolos de mi lado, como de un inminente peligro. Ya, a medio centenar de metros, me miró tranquila y me mostró los agudos marfiles de sus colmillos, en un gesto que yo interpreté como una sonrisa de amistad salvaje. Luego las tres bestias montañosas se alejaron lentamente, mientras yo hubiera querido cambiar mi carabina por una lonja fresca de carne para haber comido los cuatro.

Las tres inocentes fieras y la humana fiera que tuvo el impulso homicida de matarlas.

Cuentan las leyendas que estas osas se roban a los hombres. Y que los osos se atrapan a las mujeres que encuentran solas. Y se los llevan para siempre. Una tarde, cuando el sol se iba doblando tras los montes, oí uno, dos, tres gritos de mujer, de lejano e impreciso lugar. Los gritos

corrieron por mi cuerpo como el calofrío de la malaria y luego se fueron perdiendo con alas de lágrimas hasta apagarse entre los peñascos y las landas.

Y yo pensé entonces que era el grito de una mujer, atrapada por una de estas fieras enigmáticas, de ojos sibilinos y taimados, y tal vez con un alma amorosa y una sangre quemante de lascivia pecadora, como la del lúbrico corazón humano.

Las personas que en algunas ocasiones han logrado llegar hasta estas lejanísimas regiones, conservan la leyenda de que estos gritos agudos y perdidos, que de cuando en cuando se oyen en las lejanías y en la hora angustiosa de los crepúsculos, son gritos salidos de un mono semihumano, que habita en estas desoladas serranías.

Muchas veces, realmente, se ha encontrado la huella de este antropoide, cuyos gritos han hecho meditar hondamente a los exploradores de estas sierras nevadas del norte de Boyacá.

No se sabe si es esta una leyenda, o un hecho cierto, parecido al del Abominable Hombre de las Nieves del Himalaya, cuyo retrato lo han relacionado así algunos expedicionarios que lo han visto:

"Tiene los pies plantigrados y el dedo grueso, muy aplastado, no está separado de los demás como ocurre en general en los restantes monos. Al andar lo hace con el cuerpo un poco inclinado hacia adelante: sus brazos, bastantes largos, le llegan hasta la altura de la rodilla. La huella de los pies es de unos 45 centímetros de largo y unos 20 de ancho y su estatura está entre los 3 y 3½ metros.

Tiene la cara chata, la frente alta y la parte superior de la cabeza en forma de obús; su prognatismo es débil, aunque sus mandíbulas figuren un estado muy desarrollado en altura, de donde se deduce el volumen desproporcionado de sus piezas dentarias. A este potente aparato masticatorio se hallan ligados los exagerados músculos temporales.

En los machos adultos, por lo menos, se presenta una cresta sagital que se traduce - en su aspecto exterior -, por un plegamiento del cuero cabelludo muy poblado de largos pelos, de mayor espesor que el del resto del cráneo.

Este gran mono está cubierto de una capa de pelo abundante, de color leonado o castaño oscuro, según las partes, salvo por la cara, el pecho y la parte inferior de las piernas, zonas estas menos velludas. La pseudo cabellera de la "cimera" es más rojiza que el resto del vello del cuerpo".

Algunos zoólogos consideran a este hombre de las Nieves de "una capacidad cerebral sensiblemente igual a la del hombre, o inclusive superior a la del hombre y con una fuerza descomunal capaz de partir la columna vertebral de un buey tibetano".

Refiere la notable y valiente escaladora Mac Donald que un día se encontró en la nieves con uno de estos Yetis, que se acercó hacia ella con mirada lúbrica y en actitud lasciva de violarla. Que ante el terror quedó paralizada de espanto, pero que cuando la tragedia parecía inminente, apareció la Yeti hembra dando horribles gritos agudos, y ante su presencia el macho se retiró cabizbajo, en actitud pasiva ante los rudos y amenazantes manoteos de su esposa o compañera. Después ambos seres, bestias o humanos, se alejaron con pesado y rítmico paso por la impoluta blancura del hielo.

Esta escena entre el macho y la hembra del Hombre de las Nieves himaláicas, hace recordar las relaciones amorosas de los pingüinos. La vida amorosa de estos inocentes animales de la Antártida, comienza con la ofrenda de una pequeña piedra que el macho lleva en el pico y deposita a los pies

de su pareja. Si esta ya tiene macho, la emprende a picotazos contra su galán oferente, el que se limita a ocultar la cabeza y a resignarse a la paliza.

Verdaderamente los animales le dan lecciones de nobleza a ciertos hombres, cuyo "valor" único consiste en maltratar a sus mujeres.

Y así conforme en los macizos del Himalaya hay valles perdidos, como el Valle de Barum, recientemente descubierto por las expediciones que buscan al Hombre de las Nieves, así en las estribaciones de este Nevado de El Cocuy, en medio de los grandes tajos, se encuentran discretas navas, pequeños valles rodeados de blancos vertientes que dan el aspecto de inmensas esmeraldas exornadas por coronas de blanquísimos diamantes.

Y es aquí, en el seno de estos valles y navas de tiernos pastos, donde pacen los apuestos ciervos blancos y donde quizá discurran con mayor frecuencia estos pequeños Yetis nuestros, no de "terroríficos rugidos" como el Hombre de las Nieves del Himalaya, sino de largos y melancólicos gritos, tal vez porque ellos llevan en sus venas de duro palpitar, gotas indias de nuestras razas vencidas y oprimidas.

Un apasionante problema científico se presenta frente a estas dos criaturas misteriosas, cuya vida física se nutre de animales, de raíces y de delicados pastos, y cuya vida síquica vive de las grandes soledades y de los majestuosos silencios de las altas montañas, es decir, de la soledad y del silencio, que al decir de Barrés, es lo único que no envilece el alma.

Pero el hombre superculto, dementizado por las angustias modernas, poco se preocupa por estas maravillas desconocidas de la esquiva naturaleza.

Cuando en 1948 cayó en Nuevo México un platillo volador y luego dos más en los desiertos de Arizona, y en esas tres circunstancias sacaron sin vida de los misteriosos artefactos, enanos de aspecto primitivo y casi simiesco, que venían manejando tan perfectos aparatos, el Gobierno americano guardó impenetrable silencio para no alarmar con la presencia de estos posibles espías de Marte o de Venus, pero las personas que conocieron estos hechos permanecieron indiferentes.

Refiriéndose a este hecho dice Earl Cabot que el hombre siempre vive ávido de maravillas, pero que si la caída de los platillos interestelares no alteró su ritmo normal, no es extraño que el descubrimiento de desconocidos animales salvajes le interese mucho.

Dentro de esa serie de animales monstruosos y salvajes, figura el mono gigante de hocico de perro, el leopardo-hiena, el chacal volador los hombres con cabeza de perro, que se dice existen en el Amazonas; el raú o dinosaurio, las serpientes voladoras, los conejos como rinocerontes, los tigres marsupiales de Nueva Guinea; los hombres-monos de Sumatra; las serpientes gigantescas, como la anaconda de 19 metros, y la sucurijú de 40 metros de largo y 3 de contorno, y los grandes híbridos de seres humanos y monos que dice haber visto el Capitán Faweett en las selvas de la Patagonía; la noticia soviética de que en la taiga rusa, el mayor bosque del mundo, se han visto manadas de mamuts, animales de la época cuaternaria; y en Africa, y violando todas las leyes de la genética, el león-leopardo, el elefante-hipopótamo, el oso nandi, extraño y gigantesco animal con el instinto de las hienas y que hasta la fecha nadie ha podido cazar; y el puercoespín de nuestros Llanos Orientales, paquidermo que, al verse perseguido, dispara contra sus enemigos una verdadera lluvia de espinas pudrientes y quemantes como ácido nítrico, y disparadas con la misma precisión desconcertante y veloz de una ametralladora de centenares de tiros por minuto. Tan raro y terrible en este paquidermo, que el tigre que intenta atraparlo, muere horas después con miles de diminutos arpones que le pudren las carnes como el veneno con que los indios hacen mortales sus flechas.

Si es verdad que existe esta fauna de monstruos desconocidos, no es rara la presencia de estos dinatropoides o primates, como el gigante Hombre de las Nieves del Himalaya, y este hombre mono de los macizos nevados de El Cocuy, que en las tardes de divina melancolía se oye gritar con una rara tristeza conmovedora, quizá desde las bocas heladas y sombrías de sus cavernas.

Nadie puede imaginarse, lo que es la belleza de estas serranías, que demoran más allá del nevado imponente. Qué silencios tan profundos y tan saturados de amenaza y de misterios. Qué cadena de rocas de tan brutal severidad sobrecogedora. Y qué mágica atracción hipnótica con que esa naturaleza encrespada y terrible va conduciendo al hombre hasta sus lugares de más virginal y remoto aislamiento.

Y si los paisajes hacia el norte, el sur y el occidente de estas montañas son así, erizados de serranías, el paisaje de oriente se precipita primero en una caída de 3.000 a 4.000 metros de rocas tajadas verticalmente, para luego aposentarse sobre el laberinto húmedo de las selvas semiplanas que caen de los contrafuertes de la cordillera sobre el Llano, para luego dilatar su escenario grandioso sobre las llanuras de Casanare, en una distancia de miles de kilómetros y hasta perderse en el vacío azul de las legendarias estepas de Venezuela.

En las mañanas claras, en los ortos de celeste incendio, el sol sale a las cinco del amanecer, viste con láminas de oro los cielos y la tierra, y no se le ve ascender por los espacios sino rodar por el suelo como una amenazante bola de fuego, que fuera a convertir en cenizas el universo.

Contemplar estos espectáculos es encontrar a ese Dios que las religiones no conocen, y por eso el hombre que ve esta apoteosis indescriptible de la luz y del infinito, inclina su espíritu y eleva la oración de su silencio conmovido.

Quizá si los hombres, si las mujeres, si los niños que viven en los hormigueros de las ciudades, vieran, contemplaran esta armonía infinita, esta conjunción grandiosa del sol rodando como un rey vestido de carmín por las llanuras, la humanidad no sangraría tan copiosamente sus dolores, prendida al duro grillete de sus angustias y al apremio desvelado de sus desesperadas ansiedades.

Este nevado de El Cocuy y el conjunto de soberbias rocas que le sirven de centinelas, muestran una naturaleza dura, austera y bravía, en la que la policromía de los crepúsculos en los tiempos de verano, gaya de lujuriosos colores su esquivo ambiente; y en los tiempos de invierno, los tizones encendidos de los rayos hacen cebras de fuego en el telón ingravido de las espesas nubes.

En Europa, especialmente en Suiza, existen nevados de especial belleza, pero carecen de este áspero sabor telúrico, de esta majestad salvaje, de esta fiera primordialidad, y de esta imponente inaccesibilidad que caracterizan a este nevado, subido sobre el Ande y que se columpia encabritado sobre los abismos que miran hacia las inmensurables llanuras del Oriente colombiano.

Cerca al nevado de El Cocuy, existe "El Peñón de los Muertos", llamado así porque los indios Muzos, que vivían en sus cercanidades al verse perseguidos por los conquistadores, se congregaron en los filos de ese peñón y, antes que entregarse a sus perseguidores, se arrojaron colectivamente en el abismo, donde todavía se ven, desde lo alto, sus amarillentas osamentas, ante las que el impetuoso río de los deshielos expresa su pena, con el llanto bárbaro de sus aguas, que braman enfurecidas, esmaltando de espumas las rocas impasibles.

